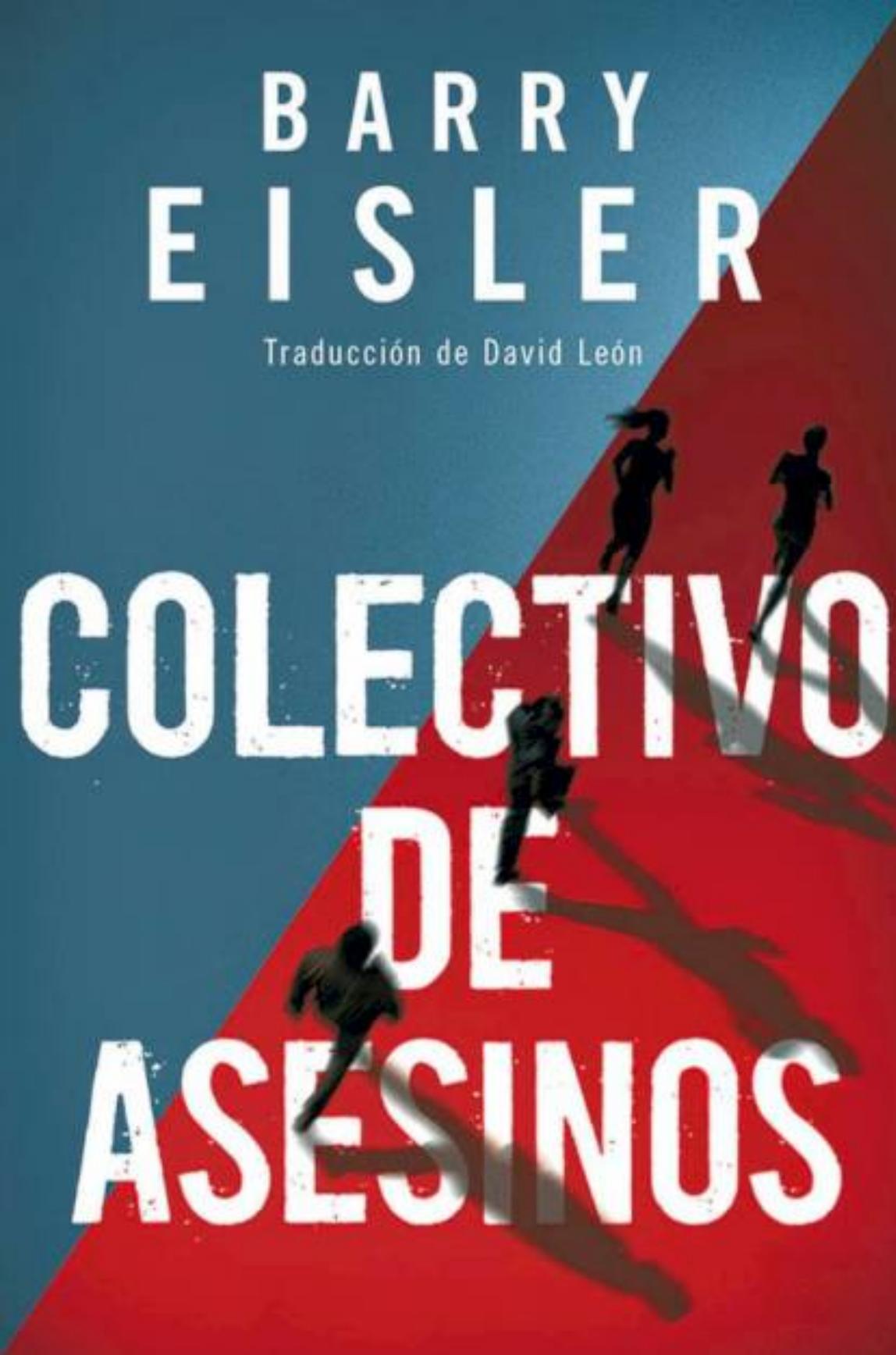


BARRY
EISLER

Traducción de David León

COLECTIVO
DE
ASESINOS



El FBI y la policía de Seattle unen esfuerzos contra una red internacional de pornografía infantil. Cuando su investigación se acerca a ciertas personas poderosas, Livia Lone, la inspectora especializada en delitos sexuales, se convierte en el blanco de un ataque que casi acaba con su vida y para el que alguien había contratado los servicios de John Rain, antiguo miembro de la CIA y ahora asesino a sueldo. La inspectora decide entonces enfrentarse al caso por otra vía y a través de Dox, antiguo francotirador de la Marina, crea un equipo a medida. Lo integran el propio John Rain; Delilah, agente del Mossad; Ben Treven y Daniel Larison, soldados de los cuerpos especiales; y su exjefe, el famoso coronel Scot Horton. El grupo irá descubriendo una vil conspiración entre agencias gubernamentales corruptas y tóxicas que los conducirá hasta las altas esferas del Estado. Las lealtades poco nítidas, los objetivos en conflicto y algunas relaciones confusas complican la cohesión del conjunto. Y, sin embargo, para un duelo tan desigual como este, un colectivo de asesinos quizá sea la única opción de éxito.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Colectivo de asesinos](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre el autor](#)

*Para Alice y Andrew Vachss, cuya obra ha
inspirado los personajes de Livia y de Rain... y a
su autor*

*Los meses y los días son los viajeros de la
eternidad.*

Bashō

PRÓLOGO

Arrington fumaba sumido en la oscuridad. Para él, fumar significaba mucho, no solo por el placer intrínseco que conllevaba, sino porque era muy consciente del mal que le hacía. Aceptar los riesgos inherentes a aquel acto, el precio del placer, lo elevaba de un simple vicio a algo comparable a una pasión. A fin de cuentas, un hombre tenía que amar de verdad, tenía que entregarse a algo, estar dispuesto a sacrificarse por ello.

Aun así, no fumaba a todas horas. No quería que aquella actividad se volviera repetitiva, rutinaria. Prefería que tuviese un impacto, que marcara el momento. Que significase algo especial, algo extremo incluso.

Y esa noche estaba cumpliendo todos esos requisitos.

En cierto modo, la noticia que acababa de recibir suponía un desafío a la razón, porque ¿cómo había que entender que algo tan espantoso pudiese contener un elemento que de bueno parecía imposible? Solo había experimentado un efecto similar en otra ocasión: el 11-S, cuando se supo en la CIA que habían atacado el Pentágono y lo primero que pensó él fue lo siguiente: «Kelly estaba allí». Kelly, que apenas hacía un mes le había pedido el divorcio y le había dicho que esperaba que fuera amistoso, con derechos de visita razonables para que pudiera seguir ejerciendo de padre de sus dos hijas y sin más pensión alimenticia que la que marcara la ley.

Kelly había desaparecido. Se había extinguido y, de pronto, él, en lugar de un divorciado triste y arruinado, se

había visto convertido en el viudo de una mártir del Departamento de Defensa, santificado por su muerte y beneficiario de un seguro de vida de seis cifras y de la indemnización de siete que se otorgó a víctimas y a familiares de aquella tragedia a cambio de que no se querellasen contra las líneas aéreas de los aviones secuestrados. Rico en lugar de pobre. Célebre en lugar de despreciado.

Aquel era, en su opinión, el verdadero secretillo inconfesable del 11-S. No las teorías conspirativas, todo eso de que las autoridades sabían por adelantado lo que iba a pasar, que se habían efectuado demoliciones controladas o que se había actuado desde dentro. La verdad que nadie estaba dispuesto a reconocer era que no faltaba quien hubiese sacado tajada de aquella pérdida colosal. A fin de cuentas, las estadísticas ponían de relieve que la mitad de los matrimonios acababa en divorcio y el divorcio es la quimioterapia del matrimonio, tan cara y tan tóxica que solo recurrían a él como cura las parejas que se hallaban en una situación desesperada. Y si la mitad de los matrimonios tenía el cáncer tan extendido que justificaba el tratamiento con el equivalente de la quimio, ¿qué podía decirse de los demás? ¿Cuántos de aquellos matrimonios que seguían juntos se habían limitado a aprender a vivir con la enfermedad porque el remedio les parecía peor aún?

Todas esas uniones infelices, las malas y las peores, acabaron aquella mañana. Y las viudas y los viudos recibieron los honores de la nación y un buen fajo de billetes.

Había percibido de inmediato la similitud que guardaba todo aquello con lo de ese día, pero las ramificaciones eran tantas que necesitaba ese instante en la sala de estar de la casa que habitaba en la ciudad, con las luces apagadas, las volutas de humo enroscándosele dedos arriba y la nicotina aguzándole el poder de concentración, para digerirlo por completo.

Al principio había pensado que no pasaría de ser un escándalo más para el Servicio Secreto. Eso le daba igual. Lo

único que le importaba era el beneficio político que podría extraer de la situación. Entonces tuvo una corazonada y, aunque le pareció poco probable, resultó que había tenido razón. Y de un modo espectacular.

Por un lado, todo aquel asunto iba a confirmar sus peores temores; los temores que los loqueros de la Agencia habían calificado de «exagerados», como si un psiquiatra tuviese alguna autoridad para opinar de geopolítica; los temores que sabía que sus colegas, confiados, tomaban a sorna a sus espaldas; los que habían usado para hacer descarrilar su carrera profesional.

Pero, por otro lado, no podía pasar por alto que lo había descubierto precisamente la persona más indicada. ¿Quién más habría sabido cómo sacarle partido para proteger al país? ¿Quién más habría tenido la voluntad y la perspicacia que les habían faltado a todos los que se habían reído de él y le habían dado de lado hasta el punto de echarlo por la borda?

Si querían hacerlo bien, tendrían que tomar alguna que otra decisión... difícil. Sin embargo, cuando lo que estaba en juego era la integridad de todo el bosque, uno no podía permitirse pensar demasiado en uno o dos árboles concretos. De hecho, a veces se hacía necesario crear cortafuegos para proteger el bosque y para eso había que talar unos cuantos.

El primer paso sería el menos agradable. Había que eliminar riesgos para la seguridad y proteger la integridad de la información. Había ya demasiada gente al tanto y, cuanto más esperase, mayor sería el problema. Lo más probable, de hecho, es que en cuestión de días, si no antes, fuese ya demasiado tarde.

Era evidente que no podía hacerse nada de aquello desde dentro del Gobierno, porque el Gobierno era precisamente el problema. Ya se habían internado en él, como siempre había sospechado. La única sorpresa había sido que la enfermedad se encontraba en un estadio mucho

más avanzado y estaba mucho más extendida de lo que había llegado a imaginar, pero Arrington sabía exactamente cómo encargarse de que se abordara la situación como era preciso. Con una fuerza externa, una especie de... suplemento para el sistema inmunológico del cuerpo político.

Apagó la colilla y cerró los ojos. El corazón le latía con tanta fuerza como la primera vez que había saltado de un avión. No era para menos. Había demasiado en juego y el margen de error era muy estrecho, pero estaba resuelto a hacerlo. Se aseguraría de acabar con aquello y, después, ya verían. Lo verían todos.

Descolgó el teléfono e hizo la llamada que lo pondría todo en marcha.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

RAIN

Les dije que no, pero podría haberles dicho que sí. El negocio de matar tiene su propia atracción gravitacional y, si uno se acerca demasiado o se queda demasiado tiempo en los alrededores, corre el riesgo de no poder apartarse nunca.

También podría ser, simplemente, que resulta más fácil echar la culpa a las circunstancias, al destino o a cualquier otro factor externo por desenlaces que, en realidad, hemos maquinado nosotros mismos. Al fin y al cabo, yo podría haber desmantelado el sitio seguro. Podría haber cortado ese enlace. Podría haberme dedicado a vagar por el mundo como hizo Bashō, sin ataduras, sin nada que me sujetase a ningún lugar, tan distante e intocable como una de las nubes solitarias que inspiraron al poeta del siglo XVII en su incesante deambular.

Pero no lo hice.

Usaron a Larison para el contacto inicial. A Larison, uno de los hombres más peligrosos y volubles que he conocido en mi vida. Y, después de lo del destacamento que reunimos para efectuar una serie de ataques de bandera falsa destinados a instigar un golpe de Estado en Hispanoamérica, uno de los pocos en los que confiaba.

Yo vivía en Kamakura, lejos al fin de Tokio. Me había encontrado con una fortuna inesperada de diamantes en bruto procedente de mi colaboración con Larison y el destacamento que me había permitido comprar un terrenito en la cima de los montes que dan al golfo de Sagami, aunque para ello había tenido que recurrir a un número nada des-

deñable de intermediarios y a una cantidad tremenda de dinero blanqueado. Mediante otros cuantos agentes y con un desembolso aún mayor, había contratado a un especialista en tales asuntos, un hombre llamado Takishita, que me encontró una *minka*, una granja japonesa de estilo tradicional, ruinosa, situada en la prefectura de Gifu, región nevada que llaman a veces «los Alpes japoneses». Takishita compró en mi nombre aquella construcción de trescientos años de antigüedad y mandó que la desmontaran y transportasen a mis tierras de Kamakura, donde volvió a armarla y a dotarla de electricidad, tuberías, ventanales y demás ventajas modernas, aunque en todo lo demás respetó, y hasta realzó, la belleza del diseño original. Hasta creó un *karesansui*, el clásico jardín zen, modesto pero encantador, delante de la ventana de la sala de estar que adoptaba diversos matices con cada cambio de estación: colores otoñales, nieve invernal, lluvias primaverales y sol estival.

Para todo eso hicieron falta más de tres años, pero yo no tenía ninguna prisa. Me decía que por un hogar valía la pena esperar y hacerlo bien. Sin embargo, cuando se concluyó al fin el proyecto, empecé a impacientarme de nuevo y me di cuenta de que con la *minka* había pretendido mantenerme ocupado más que procurarme un lugar en el que vivir. Cuando me sentaba en un cojín delante del *irori*, el hogar descubierto que había en el centro de la sala, a leer el libro de viaje de Bashō, *Oku no Hosomichi*, literalmente «Angosta senda al interior», en edición bilingüe, y corregía algún que otro fragmento que juzgaba traducido con poca elegancia, me sentía una falsificación ingeniosa. Lo de ser medio japonés y medio norteamericano hacía que uno no fuera ni una cosa ni la otra y eso no había nada que pudiera cambiarlo. Ya podía dominar todo el judo, la lengua y la cultura que quisiera.

Superadas las distracciones de la obra, entendí que construir algo valioso era un modo de sublimar, de reprimir, el sufrimiento que me producía el hecho de haber arruina-

do las cosas con Delilah, un acto estrafalario de autosabotaje, teniendo en cuenta todas las fuerzas que habían intentado enfrentarnos sin éxito a esas alturas. No había día que no deseara ponerme en contacto con ella. No había día que no supiera que debía hacerlo. Y no había día que no descartara la idea. Mi *minka* era preciosa, pero acabó por convertirse más en una fortaleza que en un hogar. Una fortaleza de soledad.

Por eso, cuando Larison se puso al fin en contacto conmigo, sentí un gran alivio. Tenía que habérmelo tomado más bien como una advertencia.

Usé un teléfono encriptado de conexión por satélite para llamar al número que había subido él a la página segura. El simple hecho de tener todavía conmigo la unidad que no podía rastrearse chocaba, por supuesto, con la idea de mi «retiro», pero lo normal es que pasemos por alto lo que preferimos no ver.

Respondió a la primera. Enseguida reconocí su grave susurro.

—Acabas de hacerme ganar la apuesta que había hecho conmigo mismo.

Supuse que se trataba de una broma, pero no me gustó. En este negocio, ser predecible es casi equivalente a estar muerto.

Aunque, claro, yo no estaba ya en este negocio. Me había retirado.

—¿A qué te refieres?

—Me aposté que no ibas a anular la página y que seguirías visitándola.

—¿Debería haber deseado que hubieses perdido?

—Lo dudo. Si la mantienes es porque vale más saber si la ha mirado alguien que hacer que te encuentren de otro modo. Apostaba que serías listo.

Esa explicación me gustaba más que lo que había empezado a sospechar: que quizá en el fondo yo *quería* que me encontrasen.

—¿Cómo estás? —pregunté, sorprendido y un tanto desconcertado ante la alegría que me producía hablar con él—. ¿Duermes bien últimamente? —Una vez, en Viena, me había dicho que lo acosaban las pesadillas, aunque nunca me había contado qué había hecho en las fuerzas especiales para provocarlas.

—A veces. Nunca será como antes, pero... a veces se soporta. ¿Y tú?

—Yo me he jubilado.

Se echó a reír. Yo sentí una punzada de irritación.

—¿Dónde está la gracia?

—Oye, que a mí no me tienes que convencer de nada. Parece que Horton tiene a alguien que necesita tus servicios.

Los «servicios» que me habían hecho famoso eran trabajitos en los que daba la impresión de que todo había ocurrido por causas naturales. Cuando bastaba con una bala, una hoja de arma blanca o una bomba, podía contratarse a otro; pero, si era totalmente necesario que no pareciera obra de un asesino a sueldo, se podía decir que no había nadie más que yo en el mercado.

—¿Horton? Suponía que a estas alturas ya lo habrías mandado al otro barrio.

En otros tiempos, el coronel Scott Horton, más conocido como Hort, había sido toda una leyenda en las fuerzas especiales. Fue él quien me puso al frente del destacamento en el que conocí a Larison. Sin embargo, su afición a manipular y engañar sin descanso le había granjeado un buen número de enemigos, entre los que destacaba sobre todos el mismísimo Larison.

—Un día tendré que hacerlo, pero me gusta imaginarlo fumándose un puro después de cenar en el porche de la cabañita que tiene en las afueras de Lynchburg, preguntándose si habrá elegido esa noche para salir sin ser visto del bosque y picarle el billete al otro mundo.